

la práctica educativa

Y siguen temblando

Ramiro Reyes
Esparza

Se iniciaba una mañana más de actividades en todas las escuelas; sin embargo, ese día era distinto a otros. Era la mañana del 19 de septiembre de 1986, justo un año después del sismo que asoló a la ciudad de México, y el ambiente que se vivía era tenso, los recuerdos se agolpaban, el miedo y el dolor del recuerdo se hermanaban. Al llegar a la secundaria, los alumnos y padres de familia vieron los muros de la escuela en reconstrucción y el recuerdo se hizo más lacerante. Al entrar los alumnos al patio de la escuela y ver las aulas de lámina en las que desde hace un año trabajan el impacto fue mayor. Los alumnos se formaron en el patio para hacer un homenaje luctuoso por lo ocurrido hacía un año.

Una hora más tarde, al entrar a esa escuela para resolver un problema, encontré en el pasillo del área administrativa una escena que me ha parecido digna de comentario.

Una docena de niños de primer año se encontraban llorando angustiados frente a la oficina del subdirector, esperando el veredicto que establecería un castigo, en una escuela a la que habían ingresado

apenas dos semanas antes. Al pasar una maestra junto a ellos, los alumnos trataron de explicar su inocencia, y ésta, siguiendo de largo y sin oírlos, comentó: "Como siempre... nunca hacen nada".

Posteriormente fueron conducidos a la oficina de la orientadora escolar, señalando el prefecto que el castigo era de tres días de suspensión por haber hablado y reírse en la ceremonia. La orientadora trató de investigar qué ocurrió, y entre lloriqueos los alumnos explicaron que al estar en la formación, guardando un minuto de silencio, uno de ellos dijo: "Está temblando", y varios echaron a reír. Risa nerviosa que como válvula de escape mostraba el miedo a que efectivamente, como muchos decían, el temblor se repitiera. En ese momento, el pesado brazo de la ley encarnado por prefectos y profesores, que tenían igual o más miedo que los alumnos, cayó sobre ellos y fueron conducidos a la dirección.

Estaba la orientadora tratando de aclarar la situación, percatándose de que, más que un acto de indisciplina, lo ocurrido respondía a la tensión del momento, cuando el subdirector, hombre de estatura pequeña pero de voz tronante, entró precipitadamente y con energía señaló a la orientadora: "Usted no arregla nada, ya he dado la indicación de que se van tres días a su casa y así se hará", y volviéndose a los alumnos llorosos les dijo: "Es el colmo que no sepan comportarse en una ceremonia, el castigo debiera ser la expulsión, que es lo que indicó el señor director, pero como soy muy buena gente, sólo los envío tres días a su casa", y con el mismo paso marcial con el que entró se retiró.

Momentos más tarde los alumnos se fueron a su casa llorando y temblando, como hacía un año.